

REVISTA BIBLIOGRÁFICA

UN LIBRO DE CRÍTICA

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA.—SEGUNDA SERIE.—Cuadrado y sus obras.—La Celestina.—El Alcalde de Zalamea.—Tirso de Molina.—De los historiadores de Colón.—Lope de Vega y Grillparzer.—Enrique Heine.—De las influencias semíticas en la literatura española.) por Marcelino Menéndez y Pelayo.—Vol. 106 de la «Colección de Escritores Castellanos.»—Madrid, 1895.

Un libro nuevo de Menéndez Pelayo nos ofrece la más alta y placentera ocasión en que iniciar este género de revistas que nos proponemos atender asiduamente.—Tienen la información y el comentario bibliográficos entre nosotros una tarea de la mayor trascendencia literaria que desempeñar, no menos en lo que toca á las manifestaciones de nuestra propia actividad productiva que con relación al libro europeo, cuya irresistible influencia triunfa y se impone sin que la obra fiscalizadora de la crítica la preceda en el espíritu del público. Confiamos, pues, en que la utilidad propia de su objeto bastará á comunicar á las revistas que iniciamos el interés que no alcancen por su desempeño.

Constituye la nueva obra del historiador de los Heterodoxos Españoles una segunda serie que añade reuniendo páginas dispersas á sus «Estudios de crítica literaria» salidos á luz hace dos lustros.—Reconozcamos, ante todo, que el recuerdo de las impresiones, en nosotros impercederas, dejadas por la lectura de aquel primer libro á que el actual se vincula, crea para éste un término de comparación que no le es, en definitiva, favorable; y que no se encuentra en la nueva colección una monografía del precio de aquel inolvidable discurso «Del arte de la historia», ni el traslado de la personalidad de un escritor, y el juicio de su obra, verificados con la maestría que en el estudio del poeta del «Idilio» admiramos; ni una página, de estilo y de doctrina á la vez, como aquella que el discernimiento del verdadero y falso clasicismo, del espíritu helénico y la moderna imitación de sus formas, motiva en la semblanza del autor de «La Conjuración de Venecia».—Predomina en los nuevos estudios literarios la erudición sobre la crítica, aunque sea constantemente esa erudición la original, selecta y fecundada por la intervención activa del criterio y el gusto, á que el sabio escritor nos tiene acostumbrados.

Entremos ya á examinar con la necesaria rapidez de una apuntación de este género el contenido de la colección, comenzando por aquellos ensayos relativos á obras y autores del viejo teatro castellano que forman la mejor y más extensa parte de ella.

Establece cierta unidad en el espíritu de esos estudios la tendencia que manifiestan á levantar sobre el nombre y la gloria de Calderón de la Barca los de poetas objeto de menos universal aclamación aunque acaso artísticamente más excelsos. Á nues-

tro crítico corresponde el honor de haber fijado definitivamente el criterio desapasionado en la apreciación del último y más célebre de los representantes de la gran tradición dramática española, identificado un día con la gloria entera de esa tradición, levantado por impulso de la crítica romántica alemana á la categoría de símbolo más adorado que conocido, más transfigurado ante sus ojos por la pasión de escuela y el efecto imponente y vago del conjunto que objeto para ella de una sólida y depurada admiración. El libro de exégesis calderoniana de Menéndez Pelayo puede ofrecerse como dechado de independencia crítica, de alta sinceridad, de criterio propio y seguro; y en el juicio general y sintético del antiguo teatro español que allí se hace y sirve de fondo al de la personalidad del gran poeta romántico se admira el resultado de una investigación directa, original, completísima, realizada, acaso por vez primera en la erudición española, desde los trabajos de iniciación de los críticos inspirados por el moderno despertar del genio nacional, en la más gloriosa de las manifestaciones del pasado literario de nuestra lengua. Como elemento de la obra de revisión y reparación que en aquel libro se esboza, en la crítica del gran Teatro, se manifiesta en sus páginas á menudo el enaltecimiento del arte espontáneo y vigoroso—de Lope y Tirso, colocado artísticamente sobre la «grandeza amanerada» de Calderón.—Es el segundo de los poetas citados quien hasta ahora puede reclamar de la posteridad el pago de más cuantioso crédito; el que aún espera de la crítica la apreciación exacta de su genio y del conjunto de su producción, y de la historia literaria el esfuerzo que disipe, en lo que toca á su vida, las brumas de la ignorancia ó la leyenda. El estudio á él referente en el libro que motiva esta nota, viene á satisfacer en gran parte tal exigencia de justicia, reuniendo y armonizando el resultado de la labor erudita consagrada en los últimos años por diligentes investigadores al esclarecimiento de la personalidad y la existencia, punto menos que desconocidas, del poeta, y acompañando á esa síntesis de erudición, que se acrecienta con datos personalmente adquiridos, observaciones de crítica profunda con respecto á su obra. Para Menéndez es indudable que el segundo lugar entre los maestros de escena española le es debido el gran Mercedario, y aún se inclina á participar de la opinión de los que resueltamente le otorgan el primero y el más próximo á Shakspeare, ya que no por el poder de la invención,—en que nadie aventajó á Lope que es por sí solo una literatura—á lo menos por la intensidad de vida poética, por la fuerza creadora de caracteres, y por el primor insuperable de los detalles.» En el examen de la autenticidad de ciertas obras tradicionalmente incorporadas al repertorio de Tirso cuyo origen aparece obscuro y dudoso debe singularmente notarse, y tenerse por decisiva, la argumentación que se aduce para confirmar al poeta en la posesión de aquel inmortal drama teológico que se intitula «El condenado por desconfiado» Sólo el autor de Don Juan era hombre ave-

zado al estrépito de las aulas y la disputa dialéctica entre los poetas de su nación y su siglo, y sólo «de la rara conjunción de un gran teólogo y un gran poeta en la misma persona pudo nacer aquel drama único en que ni la libertad poética empuja á la severa precisión dogmática ni el rigor de la doctrina produce aridez y corta alas á la inspiración.»

El análisis de cierta obra de Arturo Farinelli sobre el influjo del creador del Teatro Español en el espíritu y la obra de Grillparzer, uno de los primeros, sino el mayor, de los sucesores de Schiller en la escena alemana á la vez que crítico dramático de genio, se relaciona con otra empresa de reparación que la justiciera crítica de aquel teatro imperiosamente exige y á la que Menéndez y Pelayo consagra actualmente tan formidable esfuerzo como el de ordenar y dirigir la edición total, publicada bajo los auspicios de la Academia Española y avalorada por prolijos comentarios, de las obras dramáticas de Lope. Grande, sin duda, es la fama del Fénix de los Ingenios; pero puede afirmarse que ella ha vivido hasta ahora más por virtud de la abundancia prodigiosa de su producción y el eco de su inmenso prestigio en los contemporáneos que por la sanción severa de la crítica y el aprecio conciente de la posteridad. Grillparzer, iniciador de la reacción anti-calderoniana en el pueblo donde se inició la apoteosis, puso á la vez con sus estudios la piedra angular del monumento de que es deudora todavía la crítica moderna al más bizarro y pródigo de los ingenios castellanos, y evocó un cierto modo á nueva juventud su poesía, identificando su propio espíritu con ella, «penetrándose de su virtud genial y fortificante», para que el estro de Lope remaneciera, en lo posible, en sus obras. Estudia nuestro crítico, á la luz del citado libro de Farinelli que ocasiona su ensayo, esa interesante identificación espiritual, y nos refiere, guiado por el mismo, las viscosidades de la gloria del viejo poeta español en la moderna crítica alemana.

Debe reconocerse la oportunidad crítica del propósito á que estos estudios obedecen. A cada modificación del gusto, á cada etapa nueva del espíritu literario, regida por diversos modelos, informada por diversos principios, corresponden distintas evocaciones en las cosas pasadas, diferentes rehabilitaciones y rejuvenecimientos. Convenía la apoteosis calderoniana al espíritu de una revolución que buscaba restaurar en toda forma de arte la expresión del sentimiento nacional y religioso, cautivada además por toda magnificencia de fantasía, por todo efecto de opulencia y grandiosidad, y harto indulgente para perdonar los defectos é impurezas de ejecución artística por la belleza de la idea. El amor de la realidad, el anhelo de la verdad y la vida en la interpretación de los afectos humanos, antes que de la trascendencia ideal y de las esplendideces de la forma, deben forzosamente manifestarse en la crítica del viejo teatro castellano por el triunfo de Lope y del creador de Don Juan, del poeta de la naturaleza vigorosamente sentida y observada y el poeta del poder característico y las realidades risueñas.

Puede en cierto modo relacionarse con la tendencia que hemos indicado en los anteriores ensayos la monografía de «El Alcalde de Zalamea» que forma parte de la colección, en cuanto reivindica para Lope, desentrañando por vez primera á la luz de la buena crítica su rudo esbozo del sujeto dramático llevado á entera realización artística por el creador de Segismundo, la gloria de la creación genial, de la invención primitiva, dejando al último poeta la del perfeccionamiento y pleno desarrollo de la idea que en el drama que sirvió de modelo al que admiramos, aparece enturbada por la tosquedad y desaliño de la ejecución.—El pensamiento de protesta, acaso involuntaria ó inconciente, pero real y elocuentísima para la posteridad, que encarna en forma artística aquel gran drama, donde las libertades municipales tomaron, al decir de nuestro crítico, tardó desquite de Villalar, está magistralmente definido á la conclusión de este estudio.

No ofrece menos interés el excelente comentario de «La Celestina» ya publicado, al par de la monografía anterior, como artículo del «Diccionario Enciclopédico Hispano Americano». Una nota nueva debe advertirse en la apreciación del espíritu y significado de la famosa «tragi-comedia» de Rojas—á quien se inclina Menéndez á reputar el exclusivo autor de ella, basándose para desechar el supuesto de dos autores en la poderosa unidad orgánica que la informa—y es la que llama la atención de la crítica sobre la parte romancesca, delicada, sentimental, de aquella obra esencialmente humana y compleja, en la que el juicio de los comentaristas apenas había apreciado hasta ahora sino el traslado vivísimo de la realidad y la eficacia irresistible del efecto cómico. Desatendiéndose el elemento de pasión que entra como fermento poético en la composición íntima de la obra desconocíase el verdadero carácter y el más hondo interés de aquella creación de naturaleza shakspiriana. «Poema de amor y de expiación moral; mezcla eminentemente trágica de afectos ingenuos y de casos fatales reveladores de una ley superior á la pasión humana» la conceptúa nuestro crítico; y añade señalando la página en que más delicadamente se manifiesta aquel fondo de idealidad y ternura: «Para encontrar algo semejante á la tibia atmósfera de la noche de estío que se respira en la escena del jardín, hay que acudir al *canto de la alondra* de Shakespeare, ó á las escenas de la seducción de Margarita en el primer Fausto».

Tales son aquellas páginas del volumen relacionadas con la historia y la crítica del viejo teatro español. Pasemos á las que abordan temas de otra índole, y hagamos mención en primer término del estudio de la personalidad del esclarecido polígrafo balear José M.^a Cuadrado, escrito para preceder como prólogo á la edición de sus obras. Duélese Menéndez Pelayo, á propósito de la impopularidad del nombre que encabeza ese estudio, de que la historia literaria de nuestro siglo en España está tan mal sabida y entendida por casi todos, y de que por efecto de inveterados olvidos é injusticias se conceda á ciertos número de nombres invaria-

bles el valor de tipos representativos de la actual cultura española, enagenándose otros á la estima y admiración de los contemporáneos. Y para justificarlo, la semblanza que dá ocasión á tales quejas presenta á nuestros ojos un tipo de venerable excelsitud intelectual, de labor fecundísima, de varia y sólida cultura, de existencia íntimamente relacionada con la historia de las ideas literarias y filosóficas en la España del siglo XIX. Estudiando á Cuadrado en su carácter de principal colaborador en la manifestación española del movimiento arqueológico-romántico con que trascendió á los dominios de los artes plásticas y la historia el impulso de la revolución literaria de principios del siglo, y en sus méritos de historiador penetrado del espíritu nuevo con que han aliado los grandes narradores de nuestra edad á las severidades del procedimiento crítico el poder de la fantasía adivinatoria, anticipa Menéndez el bosquejo de páginas que han de servirle para el estudio de la estética española contemporánea en su obra capital. La consideración del aspecto de apologista católico y controversista en la personalidad de Cuadrado, le dá así mismo ocasión para caracterizar y reducir á síntesis luminosa los antecedentes y condiciones de la lucha de ideas latente en el fondo de la guerra civil en que chocaron la España tradicionalista y la revolucionaria durante la primera mitad de esta centuria.

A comentar una obra biográfica que permanecerá entre las más preciadas y duraderas manifestaciones del movimiento de actividad erudita suscitado por tan alta ocasión como la del 4.^o Centenario del descubrimiento de América, en España, está dedicado otro de los estudios de la colección. No se limita este estudio, sin embargo, al análisis de la obra de Asensio que lo ocasiona; pues se extiende hasta trazar un cuadro general de la literatura en que el objeto propio de aquel libro puede reconocer precedentes, caracterizando los diversos períodos y viscosidades de la historiografía tocante á la existencia del descubridor y la realización de su empresa, á partir de los propios escritos de Colón, cuyo valer de poesía en aquellas páginas inspiradas por la contemplación de la naturaleza del Nuevo Mundo ó por los anhelos y las emociones de la acción, rememora, así como la lucidez de las intuiciones científicas que esclarecen otras de sus páginas, invocando los juicios y encarecimientos de Humboldt. Observa luego en la crónica de los Reyes Católicos de Bernaldez y las Epístolas y Décadas de Pedro Mártir de Angleria, la versión procedente de los escritores que trabajaron de inmediato sobre las confidencias y comunicaciones del Almirante, y aprecia el testimonio de los cronistas de Indias, en lo relativo á la tradición del magno hecho inicial de la Conquista, desde Fr. Bartolomé Las Casas y Fernández de Oviedo, de cuyas figuras históricas traza dos bocetos llenos de interés. La aplicación primera del criterio anti-español y heterodoxo á la historia del descubrimiento de América en las obras de Reynal y de Robertson: lo tarea de investigación documental que iniciaron Muñoz y Navarrete; el método

pintoresco y de evocación del movimiento dramático de la realidad ensayado en el relato de la sublime aventura por los dos grandes historiadores norte-americanos de comienzos del siglo, y la revelación de los precedentes y resultados científicos del descubrimiento en una de las grandes obras de Humboldt, son objeto de la continuación de esta interesante y concienzuda reseña, cuya parte final está dedicada á la erudición colombina de los últimos años representada principalmente por las indagaciones bibliográficas del norte-americano Enrique Harrise que Menéndez Pelayo opone elogiosamente á las declamaciones, tan vacías como popularizadas en cierta parte del público francés, del Conde Roselly de Lorgues, incansable propagandista de la santidad del Descubridor.

Conocíamos el juicio sobre Enrique Heine por haber constituido, antes de formar parte de la colección que examinamos, el prólogo á la obra de cierto mediocre traductor del «Intermezzo» y «Cantos del Norte.» Es ese breve estudio la confesión hermosa y leal de un convertido. Todos sabemos de los apasionamientos clásicos y ortodoxos del Menéndez Pelayo de la primera juventud; el apologista del genio tradicional de su España, el adversario de Revilla en controversias famosas, y el enamorado ferviente de la antigüedad que renovaba en la «Epístola á Horacio» el himno de triunfo de los hombres del Renacimiento. Todos conocemos la animadversión anti germánica que era el reverso de aquella pasión estética y religiosa de latino. No se ha modificado en Menéndez Pelayo el fondo íntimo y sustancial de las ideas, pero el cincel del tiempo ha pasado suavizando asperezas y corrigiendo imperfecciones por su intelecto constantemente cuidadoso del propio progreso espiritual, y hoy admiramos en el antiguo polemista de «La Ciencia Española» el espíritu amplio, sereno, comprensivo, personificación de elevadísima tolerancia, modelo de criterio ecuánime y cultura total, que en uno de los tomos de la «Historia de las Ideas Estéticas» ha verificado incomparable resumen de la filosofía y la literatura alemanas en su edad de oro, y en el que han podido reconocerse «los mismos á peu près, las mismas medias tintas, las mismas afirmaciones provisionales» que acusan la influencia del espíritu germánico en un Renan ó un Carlyle. La admiración de Heine que en el libro de Menéndez Pelayo se expresa recibe su mayor interés de haber sido precedida por aquel desdén confesado, y merece notarse su significación como testimonio y ejemplo de la más noble condición de la crítica: la de la sinceridad. Y á la determinación sintética y precisa que contiene de la genialidad del poeta, se une en aquel estudio la belleza de la expresión, la gallardía del estilo. ¿Cómo acertaría á condensarse originalmente en una imagen significativa y enérgica el carácter de la sátira heiniana después de haberla calificado nuestro crítico de «tumulto de polvo y guerra que parece estruendo de muchos caballos salvajes, pero de raza inmortal, lanzados á pi-

tear con sus cascos cuanto la humanidad ama y reverencia?»

«De las influencias semíticas en la literatura española» se intitula el estudio que da término á la colección. Compéndiase en él el contenido de una oración académica del erudito filólogo y arabista Sr. Fernández y González relativa á aquel tema histórico, y termina por una enérgica afirmación de la eficacia y la gloria del influjo ejercido por la cultura oriental en la filosofía y las ciencias de Occidente; afirmación que opone nuestro crítico al celo intemperante de los apologistas é historiadores de su credo y escuela empeñados en reivindicar para los pueblos y los individuos participantes de su fe la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que Menéndez Pelayo reconoce «no incompatibles con el error teológico.» Hay verdadero interés en hacer notar tales manifestaciones de amplio y generoso criterio conciliado á la integridad de la ciencia y el dogma, como le hay en señalar en uno de los anteriores estudios, á propósito de la exposición de las ideas estéticas de Quadrado, la huella del espíritu independiente con que penetra «el gran ortodoxo» en aquellas cuestiones de arte y poesía que involucran en el campo de la intolerancia dogmática los secuaces de la falsa estética de un Jungmann, objeto, por parte de nuestro propio crítico, en su obra capital, de una refutación memorable.

JOSÉ E. RODÓ.

Apuntes de Derecho Constitucional

LIBERTAD PERSONAL

(Continuación)

La doctrina que venimos defendiendo era la seguida en el proyecto de Código de Instrucción Criminal. Su autor, el doctor don Laudelino Vázquez, establecía la intervención en el juicio criminal de la parte agraviada, sin perjuicio de la acusación pública en las causas en que aquella no se ejercitase ó se produjese de una manera indebida.

Esta es la verdadera doctrina á juicio nuestro y la que mejor consulta el espíritu de la Constitución. Tiene la ventaja de armonizar el interés público con el privado, sin dar empero á la parte civil y al ministerio público una acción conjunta.

Este último procedimiento, aconsejado por Benthám, ha producido efectivamente tantos inconvenientes en la práctica, que hoy ya no se le discute. Pretendiendo satisfacer á la sociedad y al individuo damnificado por el delito, ha producido el efecto de dificultar el ejercicio de las acciones respectivas, cosa que se explica si se tiene en cuenta lo distinto de los móviles que á menudo las mueven, la diferente tramitación que exigen los juicios y el diverso objetivo perseguido.

No abogamos, pues, por una doctrina que ha sido combatida en general por los